

# Una vida en las carreras

**GERALD MURNANE**

Traducción de Carles Andreu



minúscula

# UNA VIDA EN LAS CARRE- RAS

'Hay muchas personas que parecen creer que lo que les pasa por la mente es una especie de película, la repetición de cosas que ya han sucedido, o de cosas que tal vez sucedan en el futuro. Y si bien es posible que algunos vean películas en su cabeza, la mayoría de secuencias que acuden a mi mente se parecen más a dibujos animados, tiras cómicas o cuadros surrealistas. A menudo los sonidos de una retransmisión ecuestre me traen a la mente imágenes de lo que veía durante los primeros años en que oí esos mismos sonidos. Me refiero a los años que van de 1944 a 1948, cuando vivía en una casita de madera en Neale Street, en Bendigo.'

En estas memorias únicas y fascinantes, Gerald Murnane cuenta su historia a través de una obsesión: las carreras de caballos. A pesar de no haber montado nunca a caballo ni haber visto una carrera, de niño no podía dejar de mirar las fotos de las carreras en los periódicos y le hechizaban tanto los colores de los uniformes como los nombres de los caballos que oía en la radio. Murnane descubrió en las carreras algo que no le ofrecían ámbitos como el de la religión o la filosofía: la puerta de entrada al mundo de la imaginación.

Título Original: *Something for the Pain. A Memoir of the Turf*

Traductor: Andreu, Carles

©2015, Murnane, Gerald

©2018, Editorial Minúscula, S. L.

ISBN: 9788494675409

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 07/05/2018

# Gerald Murnane

# Una vida en las carreras

Traducción de Carles Andreu

Editorial minúscula

## 1 Something for the Pain: algo para el dolor

LAS máquinas y la tecnología siempre me han intimidado. No me atreví a utilizar un cortacésped mecánico hasta que tuve más de cincuenta años y mis hijos fueron lo bastante mayores para ayudarme a ponerlo en marcha. Me compré un teléfono móvil hace quince años y desde entonces lo llevo en el maletero del coche. De vez en cuando lo saco para hacer una llamada, pero nunca he aprendido a guardar números. Mi anterior coche tenía un reproductor de cintas de casete y logré aprender a utilizarlo. Sin embargo, el coche que me compré hace cuatro años solo admite cedés. En casa tengo algunos discos que escucho muy de vez en cuando, pero que no justifican la molestia de enfrentarme al artillugio de mi salpicadero. Puedo usar la radio del coche, pero vivo en un distrito apartado donde recibo muy pocas emisoras y sus programas no me interesan. Por suerte, puedo sintonizar la emisora que transmite carreras de caballos de toda Australia, y a veces incluso de Nueva Zelanda. Yo sigo llamándola 3UZ, aunque desde hace unos años tiene un nombre más sofisticado.

Hasta hace algunos años, el *Herald Sun* publicaba cada día un listado con los caballos participantes, los *jockeys* y la planilla de todas las carreras cubiertas por la Victorian TAB, la agencia estatal de apuestas. Hoy en día en la prensa escrita tan solo aparecen unas cuantas carreras. Sé que los detalles del resto de carreras deben de estar disponibles en una página web u otra, pero un hombre que no sabe utili-

zar el reproductor de cedes del coche difícilmente será capaz de utilizar un ordenador. Por eso, cuando circulo por alguna carretera solitaria del lejano oeste del estado de Victoria y pongo la radio del coche, lo más probable es que nunca haya visto impresos los nombres de los caballos que participan en la carrera que oigo. No solo eso, sino que es fácil que la carrera tenga lugar en un hipódromo situado en algún lugar lejano de la inmensa parte de Australia donde no he estado nunca. Entonces, ¿qué veo al oír la rápida narración de posiciones cambiantes de unos caballos para mí desconocidos en un lugar que solo he visto en los mapas?

Para mí, la escritura tiene por lo menos una ventaja sobre el habla. Al escribir, me detengo a menudo para asegurarme de que las palabras que me dispongo a anotar sean realmente precisas. Es posible que alguna vez, en una conversación, le haya contado a alguien que, mientras conduzco solo, a menudo veo mentalmente un grupo de caballos acercándose al poste de meta de Gunnedah, Rockhampton o Northam. Pero no voy a escribir que veo nada por el estilo. Lo que debería escribir es que la narración radiofónica de una carrera hípica me trae a la mente una vorágine de imágenes vagas, borrosas, y si bien algunas son de caballos montados por *jockeys*, la mayoría no tienen nada que ver con caballos ni con *jockeys*. Las imágenes van acompañadas de sentimientos, algunos fáciles de reseñar —como mi deseo de que se imponga uno u otro de los caballos— y otros ciertamente difíciles de describir.

A lo mejor, si yo fuera jinete, al oír la narración de una carrera me sería más fácil evocar los caballos. Tal vez podría incluso imaginar la carrera desde el punto de vista del *jockey*, con un caballo veloz, desbocado, entre las piernas. Pero lo cierto es que nunca he montado a caballo y menos aún lo he puesto al galope o siquiera al galope corto. En realidad, durante las incontables horas que he pasado en hipódromos nunca me he fijado en los caballos. Cuando recuerdo algunos de los caballos famosos que he visto correr —Tulloch, Tobin Bronze, Vain, Kingston Town y similares—,

no evoco imágenes de bayos, alazanes, castaños o lo que sea, con sus cabezas y portes distintivos. Lo que recuerdo es, por ejemplo, el final de la primera carrera que Tulloch ganó en Melbourne, en el marco del Caulfield Cup Day de 1956, o las fotos de su veterano propietario que se publicaron en la prensa durante las semanas que el viejo chocho estuvo titubeando sobre la participación de Tulloch en la Melbourne Cup de 1957. Nunca deja de acudir a mi mente una imagen de los colores de carreras de Tulloch: chaquetilla a rayas rojas y blancas, con mangas y gorra negras. También veo las facciones del *jockey* que solía montar a Tulloch, Neville Sellwood, el mismo hombre que impidió deliberadamente que Tulloch ganara la Melbourne Cup de 1960, del mismo modo que había impedido que otro favorito, Yeman, se adjudicara la Cup de 1958. (No puedo demostrar ninguna de estas dos afirmaciones, pero para mí se trata de datos históricos.) Del mismo modo que veo todas estas cosas en mi mente, vuelvo a experimentar sentimientos eternamente ligados a esas imágenes recordadas. Incluso es posible que, por un momento, me convierta de nuevo en el joven atribulado que era cuando Tulloch competía. Pero no quiero adentrarme todavía en eso. Se supone que debo escribir sobre mi yo presente, solo en el coche, en una carretera desierta, oyendo la narración sobre un grupo de caballos desconocidos que corren en un hipódromo lejano.

Hay muchas personas que parecen creer que lo que les pasa por la mente es una especie de película, la repetición de cosas que ya han sucedido, o de cosas que tal vez sucedan en el futuro. Y si bien es posible que alguna gente vea películas en su cabeza, la mayoría de secuencias que acuden a mi mente se parecen más a dibujos animados, tiras cómicas o cuadros surrealistas. A menudo los sonidos de una retransmisión ecuestre me traen a la mente imágenes de lo que veía durante los primeros años en que oí esos mismos sonidos. Me refiero a los años que van de 1944 a 1948, cuando vivía en una casita de madera en Neale Street, en Bendigo. Durante esos años me habría encanta-

do sentarme en la cocina con mi padre los sábados por la tarde y escuchar con él las retransmisiones de carreras que se disputaban en Flemington, Caulfield, Moonee Valley o Mentone, pero tanto mi padre como mi madre se habían propuesto disuadirme de ello. Si ya intuían que su hijo mayor iba camino de terminar obsesionándose con las carreras de caballos, desde luego estaban en lo cierto. Si creían que su hijo acabaría apostando de forma temeraria e insensata a los caballos, como solía hacer su padre, se equivocaban. Y si pensaban que impidiéndole oír las retransmisiones ecuestres iban a lograr aplacar el interés de su hijo por las carreras de caballos, también se equivocaban.

A mediados de la década de 1940 Bendigo era un lugar tranquilo. Por Neale Street o por la cercana McIvor Road circulaban muy pocos vehículos de motor. Incluso desde el jardín, en mi paisaje inventado de granjas, carreteras y pueblos, cada uno con su hipódromo en las afueras, podía oír todo lo que necesitaba oír en los sonidos procedentes de la vieja radio de la cocina. Lo que oía no eran palabras claras, sino voces distantes: un canturreo o salmodia que empezaba suavemente, iba creciendo de forma regular, alcanzaba el clímax y volvía a aquietarse. Nunca había presenciado una carrera de caballos, pero cada miércoles prestaba gran atención a las páginas centrales del *Sporting Globe*. Aquel próspero rotativo se imprimía siempre sobre papel rosado, lo que daba a las reproducciones borrosas de fotografías en blanco y negro un aspecto todavía más gris y granuloso. Las páginas centrales del *Globe*, como lo llamaba todo el mundo, incluían todos los resultados de las carreras que se habían disputado en Melbourne el sábado anterior. En los márgenes figuraban estadísticas detalladas, y a ambos lados de la columna central estaban las fotografías que yo estudiaba con gran atención: dos fotografías por carrera, una de los caballos en la curva de meta y otra de los mismos caballos en la meta.

Las imágenes, como ya he escrito más arriba, eran grises y granulosas. Además, varios de los hipódromos de

Melbourne estaban contruidos de tal forma que la meta quedaba a la sombra de la tribuna principal a partir de media tarde. A consecuencia de ello, si uno quería ver en el *Globe* las imágenes de los caballos en sí debía aguzar mucho la vista para poder distinguirlos del fondo borroso. Eso nunca me molestó. Yo aprendía todo lo que quería saber de los nombres de los caballos, que figuraban claramente impresos en letras mayúsculas en la mitad superior de cada ilustración. Los nombres aparecían en el interior de un rectángulo enmarcado, y de algún punto del margen inferior de dicho rectángulo descendía una especie de estalactita curva que conectaba con la cabeza del caballo al que correspondía ese nombre.

Casi setenta años más tarde, todavía recuerdo algunos de los primeros nombres que leí en el *Sporting Globe*. Más claramente aún recuerdo el efecto que producía en mí recitar esos nombres tal como lo hacían los locutores de carreras.

De hecho, recuerdo tan vívidamente el efecto de algunos nombres que aún hoy soy capaz de prescindir del significado que el diccionario otorga a esos nombres y ver tan solo el conjunto de imágenes que evocaban en su día, así como el estado de ánimo que dichas imágenes suscitaban en mí. Así, por ejemplo, ignoraba el significado de la palabra *Hiatus* [hiato] o si la palabra constaba siquiera en algún diccionario. Pero era leer esa palabra encima de la imagen borrosa de un caballo de carreras en el *Globe* y ver la imagen de un pájaro sobrevolando una playa o un estuario desiertos. Pasarían muchos años antes de que descubriera quiénes eran los *Icene* [icenos] o quién había sido Tamerlán. La palabra *Icene* encima de la imagen borrosa de un caballo de carreras evocaba en mi mente una bata larga, de color blanco plateado, que vestía un eminente personaje femenino, así como el agradable sonido que hacía la cola de la bata al arrastrarse por un suelo de mármol color crema. Con *Tamerlane* imaginaba un sendero cubierto de hierba y bordeado de tamariscos. En cambio, había muchos

nombres que no me decían nada o que incluso me repe-  
lían. (Ya entonces era de la opinión, que todavía sostengo,  
de que a la mayoría de caballos de carreras les ponen unos  
nombres muy poco apropiados.) De la década de 1940 re-  
cuerdo todavía nombres tan sosos como Lord Badén,  
Cheery Boy o Zezette. Los caballos que llevaban esos nom-  
bres nunca hacían nada en mis primeras carreras imagina-  
rias, en las que invariablemente se imponían caballos con  
nombres interesantes.

Apenas he empezado a describir la complejidad de lo  
que veía y sentía durante esas carreras imaginarias. El fon-  
do lo formaban vagas formas de caballos, pero en primer  
plano había algo más que unos nombres en mayúsculas y  
las imágenes que dichos nombres suscitaban. Flotando ha-  
bía también imágenes imprecisas de personas, la mayoría  
de ellas hombres vestidos con traje y corbata, y con som-  
breros de fieltro gris calados hasta las cejas.

En la década de 1940, y durante varias décadas más, en  
Australia los caballos de carreras eran generalmente pro-  
piedad de un único hombre, y todos los entrenadores y *jo-  
ckeys* eran hombres. Hoy en día predomina la propiedad  
sindicada, en muchos casos en manos de diez socios o in-  
cluso más, pero yo crecí convencido de que el propietario  
típico de un caballo de carreras en Melbourne era un hom-  
bre de negocios o ganadero rico, un médico o un aboga-  
do. El entrenador típico tal vez no ostentara el mismo esta-  
tus social que los propietarios, sus clientes, pero su aspecto  
no era muy diferente, y si además era de esos que los pe-  
riodistas deportivos calificaban de «listos» o «astutos», in-  
cluso podía llegar a ser más rico que ellos. Como en las ca-  
lles de Bendigo no había hombres ricos ni bien vestidos,  
los hombres prototípicos que imaginaba debían de proce-  
der de las ilustraciones que veía en los periódicos. En cuan-  
to a la historia y personalidad de esos hombres, parece que  
ya me había dado cuenta de que se trataba de detalles  
muy poco relevantes en un hipódromo: el propietario o en-

trenador se definía solo en función del rendimiento de sus caballos.

Mis caballos imaginarios tenían *jockeys* imaginarios, pero estos eran básicamente inescrutables. Lo más cerca que estuve de ver a un *jockey* auténtico fue una tarde fría en que acompañé a mi padre al recinto hípico de Bendigo, durante la Feria de Pascua, y un puñado de caballos trotones desfilaron antes de una carrera que formaba parte de un programa que incluía también carreras a pie, carreras en bicicleta y varios concursos de tala con hacha. Mi padre llamó a un conductor que conocía y este guió su caballo hasta la verja exterior, se reclinó en su sulqui y ambos intercambiaron unas palabras. Mientras el caballo y el conductor se acercaban, mi padre me había dicho que aquel tipo era Clarry Long y que el caballo era Great Dalla. Clarry, como muchos habitantes de Bendigo, era de ascendencia china, y su actitud eminentemente inexpresiva hacía que pareciera más seguro de sí mismo que yo o que mi padre. Clarry llevaba el primer uniforme de carreras que vi en mi vida, y la misma luz tenue que brillaba en lo alto de un poste cercano y que daba a su rostro un aspecto ceroso iluminaba débilmente el satén de su chaquetilla. Hace ya tiempo que decidí que los colores de Great Dalla eran marrón con estrellas y gorra azul pálido, pero la luz que iluminaba las estrellas aquella tarde lejana en el lejano Bendigo era tan incierta que a veces me digo que las estrellas sobre el fondo marrón no eran de color azul pálido, sino plateado, o incluso malva o morado.

Los exiguos detalles que he aportado en la media docena de párrafos precedentes me permitieron crear el complejo conjunto de imágenes que acudía a mi mente cada vez que oía desde el jardín los sonidos de una retransmisión ecuestre. En otros momentos, el canturreo del locutor me traía imágenes de siluetas de caballos de color rosa palo, de espectadores que observaban expectantes desde debajo del ala de sus sombreros y de *jockeys* con rostros como máscaras y chaquetillas de colores indefinidos. Era

consciente también de que, al tiempo que esas imágenes pugnaban y rivalizaban unas con otras, había mucho en juego.

La voz humana es un instrumento maravilloso, y el oído que la interpreta no lo es menos. Tengo la impresión de que, ya durante mis primeros días como radioyente de retransmisiones ecuestres, tomé conciencia de que hay locutores capaces de transmitir a sus espectadores, a veces cuando los caballos se encuentran aún a cien metros o más de la meta, que uno u otro de los contendientes va a imponerse sin lugar a dudas. En algunas de esas carreras, el probable ganador puede haberse deshecho con claridad del resto; en otras es posible que vaya por detrás de los líderes, pero que esté recortando visiblemente distancias. En cualquier caso, hay locutores capaces de pronunciar el nombre en cuestión con tanto énfasis que el oyente se ahorra el suspense. A menudo, desde el jardín polvoriento no era capaz de distinguir claramente los nombres, pero sí de detectar aquel tono enfático que anunciaba de antemano el resultado de una carrera, al tiempo que esperaba que el nombre así pronunciado fuera uno que me pareciera digno.

Hoy en día, cuando conduciendo a solas oigo la narración de los progresos de unos caballos para mí desconocidos, a menudo me decanto por el que lleva el nombre que más me gusta. Entonces me imagino que soy uno de los propietarios del caballo, o que he apostado una gran suma de dinero a su victoria, y escucho con gran atención, con la esperanza de oír el nombre elegido pronunciado con el énfasis que aprendí a distinguir hace casi setenta años. En una de esas ocasiones, recientemente, el caballo invisible que elegí tenía un nombre que me gustaba mucho, pero fue siempre rezagado, para emplear una de las muchas expresiones típicas de los locutores y periodistas ecuestres.

Aunque de niño tenía mis sueños, nunca quise ser locutor de carreras. Debí de darme cuenta de que nunca iba a ser lo bastante bueno ni imparcial durante el transcurso de una carrera para narrar su desarrollo de forma fiel. Y, sin

embargo, durante gran parte de mi vida a menudo la emoción me ha empujado a oír mentalmente o a susurrar en voz baja o incluso, a veces, estando solo, en voz alta unas frases o una simple palabra de la locución de una carrera que nunca ha tenido lugar sobre la faz de la tierra. Esa emoción me embargó, por ejemplo, en la oportunidad que acabo de mencionar, cuando el caballo cuyo nombre me gustaba terminó entre los colistas. Iba conduciendo por una carretera secundaria con un asfaltado estrecho, en el que solo cabía un vehículo. Habría podido dar rienda suelta a mi expresividad no solo una vez, sino varias veces, pero entonces vi por el retrovisor que llevaba un camión enorme pegado a la parte de atrás del coche. Al parecer yo había ido reduciendo la velocidad, ensimismado en la carrera, y el conductor del camión estaba ansioso porque volviera a circular al límite de velocidad o me apartara al arcén de grava y lo dejara pasar.

Justo en aquel momento vi un cartel a mano izquierda y puse el intermitente. La carretera que cogí era de gravilla y estaba cubierta de árboles. Imaginé que llevaba a Little Desert, aunque a ambos lados los prados estaban exuberantes y había algunas ovejas. Encontré un lugar lo bastante ancho para dar media vuelta y me detuve. Bajé la ventanilla del conductor. Primero escuché el profundo silencio. Y entonces me llené los pulmones y grité algo que llevaba ya bastante tiempo queriendo gritar. Acto seguido vi cómo, al otro lado de la verja, tal vez una docena de ovejas levantaban la cabeza y miraban hacia mí. Esperé a que todas volvieran a pastar y volví a gritar, no a las ovejas, sino a los radioyentes ideales del mundo ideal que había imaginado hacía casi setenta años, cuando había oído por primera vez cómo una voz incorpórea gritaba con considerable énfasis un nombre como *Something for the Pain*.

## 2 El borracho de la sala de baile

**N**UNCA aprendí a bailar. En diferentes momentos durante la década de 1950, mi madre, mi primera novia y las profesoras de dos escuelas de baile distintas intentaron enseñarme, sin resultado. No soy por naturaleza una persona torpe, pero eso de colocar los pies en las posiciones adecuadas al tiempo que sujeto a una mujer cerca de mí y entablo con ella una conversación intermitente siempre me ha superado, no sé por qué. De joven fui a unos cuantos bailes y alguna vez incluso me atreví a bailar con alguna chica. ¿Qué digo? Nunca *bailé* con nadie. Lo que hacía era tropezar y tambalearme, intentando no dar la nota sobre la pista, mientras rezaba porque la música terminara. Aún a día de hoy sigo profundamente agradecido al puñado de chicas, quienesquiera que fuesen, que se deslizaban hacia atrás ante mí, manteniéndose a una distancia prudencial de mis más que torpes pies.

Sí, algunas veces me lancé, pero por lo general prefería quedarme al fondo de la sala de baile con el resto de chicos reacios a bailar o incapaces de hacerlo. Sabía que éramos el equivalente masculino de esas chicas que se pasaban la velada entera sentadas porque nadie las sacaba a bailar. Tal vez incluso entendía que éramos unos cobardes en comparación con ellas: las chicas se sentaban a solas, valerosamente, mientras que los chicos intentábamos escondernos entre la manada. Me pregunto si alguna vez fingiría estar enfrascado en una conversación seria con alguno de mis compañeros, como si tuviéramos que resolver un